

devuelve el saludo? ¿Es esta la cortesía de Ibn Nijyá (1)? ¡Vive Dios, que ya os enseñaré otra!» Y cuando el lector, obedeciendo a la seña del emir, empezó otra vez la lectura, contestó unánime la congregación: «¡La paz sea con el soberano de los creyentes!»

Y á las palabras correspondieron los hechos. Tres días de plazo concedió Haddschadsch á los de Kufa para disponerse á salir á campaña. Unos pocos, que tuvieron la desgraciada ocurrencia de inventar pretextos, mas ó menos fútiles, con los cuales pensaban eximirse de abandonar sus hogares, fueron sin mas formalidad decapitados. Desde aquel momento ya no faltaron soldados á Mohallab. El 20 de Ramadan del año 75 (12 de enero de 695) derrotó éste á Katari en Kaserun, en la provincia del Fars, siendo luego rechazados, lenta pero constantemente, los jaridschitas hácia el Kirman. En esta provincia se dividieron otra vez los sectarios, estando muchos de ellos descontentos con el proceder de Katari, y de esta suerte pudo el general del califa atacarles aisladamente y aniquilarles poco á poco con mayor seguridad. Katari pereció en el año 77 (696); con él acabaron los llamados asrakitas, los peores de los fanáticos jaridschitas. En el interin había sido necesario sofocar en otras provincias nuevas rebeliones de los puritanos. En la Arabia parece que no volvieron á ocurrir movimientos sino bastantes años despues de haber sido vencidos los nedschitas en 73 (692), pero carecemos de noticias detalladas de aquellos movimientos. Mas peligrosos fueron los retoños que tuvieron en el Irak y en la Persia las rebeliones jaridschitas. Mientras Mohallab derrotaba á Katari en Fars y Kirman, se presentaron en Mosul (76 = 695) partidas de sectarios, menos fanáticos y crueles pero igualmente arrojados, á las órdenes de Salih Ibn Musarrih; y despues de muerto éste, el no menos enérgico Schebib Ibn Yezid, que trataba tambien con mucha humanidad á los habitantes pacíficos, se hizo temible hasta al mismo Haddschadsch. En vano procuró el tremendo lugarteniente del Irak medirse en el campo con el entusiasta campeón de la pura doctrina de la exclusiva soberanía de Allah y de la comunidad: repetidas derrotas marcaron el curso de esta guerra, hasta que á fines de 77 (principios de 697) Schebib, víctima de una desgracia casual, cayó con su caballo de batalla desde un puente en la corriente crecida del Kurun (en el Chusistan), pereciendo ahogado. Con su muerte quedó perdida la causa que defendía, bien que no se entregaran inmediatamente los árabes, irritados así en la Persia como en el Irak contra la severidad de Haddschadsch, y se riñó todavía mas de un combate hasta quedar sofocada toda resistencia. En ningun punto de estas provincias volvió á tomar la lucha el carácter de una rebelion general, y en el año 78 (697) Abdelmelik pudo muy bien llegar á creer que habia cesado ya toda rebeldía en la vasta extension del imperio.

Pero los de Kufa y Basora, que siempre tenían objeciones que hacer cuando una causa verdaderamente justa exigia su cooperacion, al paso que siempre estaban dispuestos á lanzarse en aventuras por motivos frívolos, reservaban todavía al califa y á su *alter ego* en Kufa una desagradable sorpresa, para cuyo inmediato desarrollo escogieron como teatro, por cierto con bastante prudencia, la apartada tierra de Cabul, en la frontera india. Ya Abdelmelik, antes de la muerte de Ibn Sobeir, habia exigido á Ibn Khasim, que estaba en el Corasan, que le prestase homenaje, y como éste se negara, se consiguió excitar contra él á su teniente en Merw, el cual, ayudado por otros contrarios suyos, le derrotó y mató en el año 72 ó 73 (692 ó 693). Enviáronse entonces, tanto allí como

(1) Que habia sido hasta allí jefe de la policía en Kufa.

al Sedyestan, nuevos lugartenientes, los cuales si bien restablecieron en cierto modo el orden, en otros conceptos no se mostraron á la altura de la situacion; por lo que en el año 78 (697), despues de terminada la guerra jaridschita, se juzgó conveniente confiar otra vez al mismo Mohallab el mando del territorio donde habia alcanzado veinte años antes los primeros triunfos. Encargado del Corasan, pudo muy pronto emprender desde allí nuevas correrías por el territorio de Bokhara, si bien el ya anciano héroe no logró coronar su gloriosa carrera con la reconquista definitiva de la tierra transoxánica. Al Sedyestan fué enviado uno de los mas reputados caudillos de los de Kufa, Abderrahman Ibn Mohammed, nieto del kindita Asch'ath, el traidor á Alf. Era Abderrahman un general capaz y querido de sus hombres, y por medio de una táctica no menos prudente que enérgica logró arrojar poco á poco de Cabul á los turcos, que durante la guerra civil habian renegado del Islam, así como hacerse dueño de las ásperas comarcas montañosas del actual Afghanistan. Pero Haddschadsch, que, al igual de Sijad en otro tiempo, tenia, como administrador de todo el Irak, la superior inspeccion de todas las provincias orientales, no era fácil de contentar; censuró la lentitud con que se avanzaba, y habiendo Abderrahman contestado que por el pronto sus hombres habian hecho bastante y merecido que se les permitiese volver por algun tiempo á Kufa al lado de sus familias, recibió una fuerte repension al mismo tiempo que la orden de proseguir inmediatamente la campaña hácia la frontera india. Sublevóse entonces la altiva sangre del kindita: ¡á él, al nieto de los reyes de la Arabia del Sur, se atreva á decir groserías el maestro de escuela de Taif! Con júbilo asintieron sus soldados cuando les excitó para que sacudieran el yugo de su tirano y del califa que le consentia, y el ejército emprendió la marcha de regreso al Irak (81 = 700) con la manifiesta intencion de destituir á los dos. Mohallab aumentó la ira de Haddschadsch no cerrando el camino al rebelde, aunque se negó tambien, por otra parte, á hacer causa comun con él; pero cuantos sítas, jaridschitas y otros descontentos habia en la Persia afluyeron á formar bajo la bandera de Abderrahman, y cuando llegó á Kirman ya pudo atreverse á tomar el título de califa. Para sofocar esta rebelion Haddschadsch no podia contar con los del Irak; no disponia de muchos sirios, y aun con los refuerzos que habia recibido de Abdelmelik no estaba en posicion de hacer frente á Abderrahman. En el Chusistan sufrió una derrota (fines de 81 = febrero de 701), y aunque alcanzó luego, por mérito de su general de caballería Sofyan Ibn El-Abra, una victoria delante de Basora (Moharram 82 = marzo 701), así no pudo ya sostenerse en la ciudad, porque Abderrahman se habia corrido á Kufa, donde sus compatriotas le recibieron con los brazos abiertos, y situado entonces entre Haddschadsch y la Mesopotamia amenazaba aislar al lugarteniente del califa. Los sirios pudieron darse por satisfechos logrando acercarse á Kufa por el lado Oeste del Eufates, en los límites del desierto, y restableciendo de este modo sus comunicaciones con la patria. Allí se encontraba Abdelmelik de nuevo en la mayor perplejidad. El inesperado éxito del rebelde, á cuyo lado diariamente afluan huestes de partidarios de todo el Irak, le habia causado el mayor asombro. Segun la costumbre de los omniadas, intentó ganar al peligroso adversario por medios pacíficos: desoyendo el consejo de Haddschadsch, el cual aun en la mayor extremidad no reconocia mejor método que el de la resistencia, envió á su propio hermano, Mohammed Ibn Merwan, para ofrecer á Abderrahman la lugartenencia que él eligiese y á los irakeses la destitucion del odiado general en jefe. Abderrahman habria aceptado de buen grado una paz ventajosa,

pero sus hombres estaban ya demasiado engreidos con sus victorias para contentarse con nada menos que la destitucion del califa. No quedó, pues, mas recurso que fiar la decision á las armas. Despues de haber escaramuceado ambos ejércitos durante algunos meses, junto á Deir El-Schamadachim (1) se trabó la batalla, en Schumada II 83 (julio de 702), que fué decidida á favor de los sirios por una enérgica carga de caballería dada esta vez tambien por Sofyan. Los irakeses prosiguieron, sin embargo, la guerra con la mayor tenacidad, y solo una nueva derrota en Meskin logró vencer, si no á todos, al mayor número de los rebeldes de la inutilidad de prolongar la resistencia. Haddschadsch fué bastante prudente para facilitarles por medio de una amnistía la vuelta á sus deberes, y así solo acompañaron algunos centenares de hombres á Abderrahman cuando éste, que poco tiempo antes recorria el camino de la victoria, se vió obligado á emprender el de la fuga. Derrotado otra vez en el Chusistan, se sostuvo, sin embargo, durante largo tiempo en las comarcas montañosas alrededor de Herat, tan á propósito para la guerra de guerrillas, favorecido en ella por sus inteligencias con los turcos de Cabul. Por fin, en el año 85 (704), cuando iba á terminar el reinado de Abdelmelik, Yezid, hijo y sucesor de Mohallab, que habia muerto á fines de 82 (principios de 702), se prestó á acabar con los disturbios en la provincia vecina, y en uno de estos últimos combates pereció Abderrahman, cuando hacia tiempo ya que habia cesado de ser peligroso para el califa y su virey en Kufa. Así desapareció el último rebelde en toda la extension del imperio, al cual la energía de esos dos hombres notables aseguró entonces una nueva y larga era de paz en el interior y de brillante preponderancia en el exterior.

### CAPITULO III

#### APOGEO DE LA DINASTÍA Y SEGUNDO PERÍODO DE CONQUISTA

Es una preocupacion desprovista de todo fundamento, pero no por eso menos extendida, la que opone como contraste á la actividad intelectual del Occidente, al Oriente, sumido en la inercia de monótona inmutabilidad. Semejante concepto es debido ante todo á la aridez intelectual que bajo el régimen turco del tiempo presente impera, aunque apenas con visos de duracion, en el Asia anterior y en el Norte de Africa, y luego á la impresion de inmensa petrificación que producen los monumentos, tantas veces milenarios, del Egipto y de la Asiria en el ánimo del que los contempla. Sin embargo, Goethe supo ya decirnos que precisamente las caras de las esfinges de las pirámides son las únicas que permanecen inmutables ante las grandes vicisitudes de los pueblos: las inundaciones, la guerra y la paz. Pero, así como la mejor inteligencia que cada dia vamos adquiriendo de los testimonios que se conservan inscritos en estos monumentos, nos revela con creciente claridad una vida activa y variada hasta en los tiempos mas remotos, desde el punto en que el turbulento pueblo árabe empieza á influir en los destinos de aquellos países aparece el continuo cambio casi como lo único constante en los vastos territorios desde las altas montañas del Asia central hasta las columnas de Hércules. Apenas se concibe que pudiese existir desarrollo incesante en un imperio cuya paz interior solo fué completa una vez durante 17 años y otra durante seis, y apenas parece, por lo mismo, justificado hablar del apogeo

(1) «El convento de la Calavera,» á unas cinco millas de Kufa, en el camino de Basora.

de una dinastía que no pudo conservar siquiera durante veinte años esta primera y principal condicion de todo organismo político. Verdad es que hasta cierto punto puede modificarse este juicio la consideracion de que solo fué el Irak el que, tras tan corto interin, padeció nuevas convulsiones, mientras que reinaron la paz y el orden durante 55 años en la Siria y hasta 60 en el Egipto. Pero precisamente el Irak, en la época á que hemos llegado en nuestra descripcion histórica, comienza á convertirse en centro de la actividad intelectual dentro del Islam, actividad que cada dia tiende mas á un desarrollo pacífico de los principios ya existentes con exclusion de toda innovacion revolucionaria; sorprende, en verdad, que hubiese campo para esta tarea en un terreno que, constantemente removido por manos airadas, parece que no debia consentir que prosperase en él planta alguna. Únicamente la exuberante fecundidad del jóven y fresco arabismo, segun hemos dicho ya, pudo durante mas de un siglo renovar una y otra vez las nobles fuerzas malgastadas en las continuas guerras civiles. Parece casi increíble el extraordinario número de inteligencias privilegiadas y creadoras que hasta muy adelantada ya la época de los Abasidas produjeron ó albergaron durante su florecimiento las ciudades hermanas Basora y Kufa. No obstante, no se puede dudar de que tambien allí fué indispensable un período de estabilidad, por breve que fuera, para que las gentes se acostumbraran á no llevar toda diversidad de opinion teórica á la práctica de la proclamacion revolucionaria, y, por el contrario, comenzaran á tratar y fomentar las cuestiones intelectuales por medios tambien intelectuales. El haber proporcionado esta estabilidad durante veinte años á las dos principales poblaciones del Irak fué el mérito de Haddschadsch, y así se convirtió, á buen seguro inconscientemente, el maestro de escuela de Taif, ya que no en el *praeceptor Arabia*, en el primer protector de la ciencia árabe.

Bastante mal han pagado, por cierto, á Haddschadsch los sabios árabes el que les proporcionara lugar para sus tareas. El sitiador de la Meca, el perseguidor de los piadosos de Medina está mal notado entre los historiadores de la época abasida; la dureza y la despreocupacion con que tanto él como su antecesor Sijad procedieron para poner orden en el revuelto Irak, son presentadas como desapiadada crueldad, mientras que ambos, ante la crítica imparcial, no fueron mas que verdaderos niños comparados con los Abasidas en el derramamiento de sangre, aun sin tomar en cuenta la refinada abominacion del tormento, introducido por estos últimos segun el uso persa. Tenemos el deber de rehabilitar á Haddschadsch como funcionario severo, pero justo, que segun la costumbre de la época procedía sin contemplacion cuando lo creía necesario, pero que no fué en manera alguna el tirano que ha hecho de él la falseada historia posterior; y aun esta misma historia no se atreve á poner en duda la rara honradez del hombre que á su muerte, despues de haber gobernado casi como señor absoluto la mitad del imperio de los califas, no dejó sino sus armas, su Corán y algunos cientos de dirhems en metálico. En todo caso, solo á él se pudo deber que hasta algunos años despues de su muerte reinara todavía completa paz en el Irak, y luego, con cortos interregnos, una tranquilidad relativa durante unos quince años mas bajo el mando del capaz Jalid El-Kasrí. No pudiendo esperar que los habitantes de aquel país cambiaran sus invertebradas inclinaciones, encontró Haddschadsch un nuevo medio para tenerlos sujetos: edificó junto al gran canal de comunicacion entre el Tigris y el Eufates, que atraviesa de Norte á Sur el centro de la Mesopotamia y que él mismo habia mandado abrir, ó mas bien restaurar, una nueva ciudad situada á igual distancia de Kufa, Basora y Ahwas, frontera esta